

Comentario al evangelio del domingo, 13 de julio de 2014

Queridos hermanos:



La parábola del sembrador es muy conocida y por lo tanto poco novedosa. No sabemos bien si nos encontramos con un sembrador que no sabía sembrar, (el grano cae en el camino, entre zarzas, en las piedras y algo en tierra buena), o era la semilla, la tierra; la canción dice: “ni es culpa del sembrador ni es culpa de la semilla, la culpa estaba en el hombre y como la recibía”. Más allá de las culpas, encontramos aquí tres actitudes ante la evangelización y en diversas etapas de nuestra vida actual. Si no os convence quedaros con la explicación que el mismo Jesús hace en el mismo texto.

Los del camino, el mensaje llega, no se asusten los sembradores, pero no se asimila. No parece algo válido para el hombre, sino más bien algo rutinario, o imposición de la familia, la escuela, algo social, no se identifica con la semilla. En nuestra sociedad y en muchas personas el Evangelio parece estar al borde de nuestra cultura, en el camino, como algo que no pertenece a los problemas que interesan, lo mismo puede pasar con la predicación. Además muchos de estos hombres del camino pertenecen a los que se amoldan. Son seres que se resignan a los carriles marcados, que carecen de ambiciones intelectuales o morales, leen, si es que leen, lo que está marcado, tragan lo que la televisión les sirve, se desgastan en un trabajo que no aman y, aunque realmente no viven, encuentran pequeñas cosas que les dan la impresión de vivir, se llenan de diversiones también comunes, el fútbol, la lotería... Es difícil que engendren un solo pensamiento que puedan decir que es suyo, gracias a ellos el mundo rueda. Son la mayoría de nuestras gentes, el proceso de siembra será largo, para ello es necesario valorarlo como único sujeto responsable, darle su tiempo para que pueda tener una reflexión personal, no presionarlo y hacerle descubrir los motivos internos, se necesita el testimonio, volver al primer anuncio.

Los de las zarzas y las piedras son los que se achicaron a la primera dificultad. Soñaron con cambiar el mundo o sus vidas desde el Evangelio. Pero pronto se dieron cuenta de que la vida les iba llenando de heridas. No querían renunciar a sus ideales, pero tampoco tenían coraje para realizarlos. Se crearon un mundo personal, con dificultad para que entre el otro, lo Otro, se dejaron seducir por una fe en la que

sentirse a gusto y calientes, sin compromisos o solamente teóricos, faltaban las raíces. Van y vienen, no abandonaron, pero no llegan más allá de encontrar en el mensaje, en la semilla, un refugio emocional, que les da tranquilidad interior y seguridad. Es preciso enseñarles a vivir en comunidad, como decíamos el domingo pasado a tener una experiencia de Dios, a encontrarse con Jesús que invita al compromiso con la realidad.

Los de la tierra buena son los buscadores, que tienen flaquezas pero nunca desalientos, saben que lo importante no es llegar a ninguna parte, sino llegar a ser. Creer en la justicia, aunque saben que siempre estará en el horizonte, por mucho que caminen hacia ella. Hacen del Evangelio algo cotidiano que muestran en sus grupos o participando en las labores sencillas de sus parroquias, proclaman siempre los valores del Maestro aunque vayan a contracorriente. Están vivos, unos los llamaran locos y otros santos. Ellos sólo sentirán la maravillosa tristeza de no haber llegado a ser ni lo uno ni lo otro.

Releamos nuevamente la parábola y preguntémonos por qué la semilla del Reino no se ha desarrollado lo suficiente en nosotros. Todos tenemos algo de camino, de piedras, de zarzas, de buena tierra, debemos estar en permanente alerta, sigue la siembra.

Julio César Rioja, cmf